

# El desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad



Ante la historia de nuestras pérdidas territoriales y otras desventuras de nuestra política internacional —llaga que el conflicto con Costa Rica ha venido a abrir— son muchos los nicaragüenses a quienes he oído reaccionar con un peligroso pesimismo, autocondenándose como pueblo irredento. Tal reacción es equivocada y dañina. La produce nuestra endémica ignorancia de la historia. Nos detenemos anonadados ante los resultados, pero no estudiamos las causas. Son las causas, mucho más que los efectos, los que debemos conocer y corregir.

Comienzo, pues, por decir que si queremos comprender la historia territorial de Nicaragua —y aprovechar realmente sus lecciones— no podemos desligar esa historia del proceso de desarrollo de nuestra conciencia de nacionalidad.

Este proceso ha sido largo y lento. Todavía hoy la conciencia de nacionalidad —no sólo entre nosotros sino en muchos pueblos de Hispanoamérica— no ha acabado de desarrollarse. El mestizaje imprime lentitud y suscita contradicciones que han venido a agravarse con la dependencia socio-económica. Pero, dentro de ese proceso general de América yo creo que somos los nicaragüenses el pueblo que más dificultades internas y externas ha tenido en el desarrollo de su conciencia de nacionalidad.

Veamos por qué:

Cuando chocaron y luego se fusionaron, por la dominación española y por el mestizaje las dos corrientes, raciales que formaron la nación nicaragüense, ninguna de las dos porciones —ni los indios, ni los españoles— conocían el concepto actual de nacionalidad. Para los dominadores hispanos nicaragüenses el sentimiento del "nos" —que es la esencia de la nacionalidad— se sumergía y diluía en una vivencia de colectividad tan ancha como el mar: en el Imperio, en la Cristiandad española. Se sentían parte de un todo. Provincias o reinos de una inmensa unidad monárquica. En los territorios dominados, algunos o quizás muchos (es difícil saberlo) hicieron suya esta vivencia de la colectividad monarca o imperial. Los demás (indios y mestizos) que por rebeldía o inconformidad se negaban a ese sentimiento, si añoraban algo, no era (ni por concepto, ni por territorio) Nicaragua, sino su propia porción tribal. Su sentimiento o su conciencia de nacionalidad estaba encogida, reducida a la tribu. Y esas fueron las dos primeras fronteras o contornos contradictorios de nuestra inicial nacionalidad: o la ancha de un Imperio, o la estrecha y primitiva de una tribu.

Poco a poco surgió y se impuso un límite nuevo al sentimiento político del "nos": lo americano. Ya en el Siglo XVIII predominaba entre criollos y mestizos esa conciencia de americanidad. La Independencia, por eso, no tuvo rasgos nacionalistas sino americanos. Bolívar y San Martín libertaron un continente en cuya unidad apenas apuntaban, pálidas e imprecisas, las nacionalidades. Nosotros nos independizamos como Centroamericanos y por poco ampliamos la comunidad nacional uniéndonos al imperio mexicano de Iturbide. Eramos provincias que —por influencia de la formación histórica anterior— queríamos sumarnos a una unidad superior, aunque independiente de España. Todavía en la época de la Federación de Centro América, la nacionalidad era ancha e imprecisa. Era más fácil cambiar de país que de partido. No se ha escrito todavía la historia de las migraciones familiares de un país a otro de Centro América producidas por las guerras y los despotismos en los primeros años de la Independencia. No nos extraña pues, que formados en ese ambiente de nacionalidad ancha e imprecisa los nicaragüenses de Liberia, al sufrir de Nicaragua guerra tras guerra, prefirieran para su tranquilidad entenderse con el gobierno tico, más estable y pacífico.

Pero, una vez disuelta la Federación Centro Americana (y aún desde antes) la conciencia de nacionalidad ya no se desarrolla paralela en sus cinco países. En nosotros se da un fenómeno que va a resultar un grave obstáculo para ello. Este fenómeno histórico es la bicefalía de Nicaragua. El desarrollo de la conciencia de nacionalidad recibe su principal impulso de la Capital y los nicaragüenses no tuvimos una Capital —una urbe cabeza indiscutida— sino dos, y lo que es peor, en constante hostilidad y guerra. Esta bicefalía fue tanto más desgarradora de la unidad —es decir, del sentimiento del "nos" nacional— cuanto estaba montada sobre una profunda raíz indígena: la lucha

secular de unos chorotegas contra otros: los dirianes contra los nagrandanos. De este modo, el nicaragüense se formó (o mejor dicho, se deformó) en su conciencia de nacionalidad, sitiándose granadino o leonés, oriental u occidental, pero no nicaragüense.

Fue la Guerra Nacional la que produjo el primer brote de nuestra conciencia de nacionalidad, brote débil que casi echamos a perder una vez pasada la gesta heroica; pero la semilla había sido sembrada con sangre y lentamente ha ido produciendo su fruto. Fue, pues, el dominio extranjero y sobre todo la amenaza de esclavitud lo que hicieron brotar el sentimiento del "nos" nicaragüense. El 12 de Septiembre se unen las dos regiones, los dos partidos. Pero, estamos frente al enemigo y todavía aflora la profunda bicefalía. Estamos peleando, todos unidos, hombro con hombro contra el extranjero, y todavía nuestros ¡Vias! son localistas y no nacionales. Son raras las proclamas o los documentos que se dirigen a "los nicaragüenses". El famoso himno de Juan Iribarren, no grita: ¡nicaragüenses!, sino

"alarma, granadinos,  
intrépidos pelead  
por vuestra cara patria  
por vuestra libertad..."

Para mayor ironía, es Walker el que insiste en fijar el nombre y los límites de la nacionalidad. Su periódico se llama "EL NICARAGUENSE". Es el invasor el que nos descubre lo que debemos ser, precisamente porque lo que él quería arrebatar nos era la "nacionalidad".

Terminada la Guerra Nacional vuelve a imponerse la dualidad. El léxico del pueblo es muy revelador: al gobierno unido que surge de la guerra no le llama "gobierno nacional" sino gobierno "chachagua". El dos de nuestra dualidad histórica no se ha borrado, no se ha echo "uno" y prosiguen adelante, cuando los dos viejos localismos sobre las paralelas de los dos partidos, el Conservador y el Liberal. En ningún país de Centro América el partidismo ha tenido esas características de tribus e incluso de territorialidad y con capitales distintas, y nuestra política fue y aún sigue saturada hasta sus raíces por esta división. Se vive y se gobierna en y para algo así como dos pueblos enemigos, vivencia de hostilidad que se ha agravado con el militarismo. ¿Cómo ibamos a tener política internacional si sobre la nacional prevalecía y aún prevalece la política —no nacional— sino partidista? Tomemos, como ejemplo, el caso del Río San Juan. Su problema actual es el fruto tardío de esa mentalidad bicefal. Para un gobierno occidentalista el lago y su río es todavía, en su subconsciente, una política de Granada, una política oriental. Su incomunicación y olvido en gran parte tienen esa motivación. El río y el lago todavía no se sienten como problemas nacionales. No nos extrañemos, por tanto (si lo que priva es la política de partido sobre la política de lo nacional) que tenga más interés el problema de los exilados que el problema geográfico.

Pero contra esa deformación política de lo nacional —que aún subsiste— en el orden de la cultura hace ya rato se ha venido produciendo el fenómeno contrario de un desarrollo cada vez más intenso de la conciencia de nacionalidad.

Fue Rubén Darío el primero que produjo un hecho positivo, esta vez literario, por encima de la división bicefal y con sentido nacionalizador. Fue el primero que puso una gota de orgullo en el deprimido sentimiento del "nos" nicaragüense. Su obra y su genio —conquistadores de lo universal— alimentó nuestra fe y confianza en nosotros mismos, en ese "nosotros" tantas veces asesinado, invadido, humillado, disminuido. Pero, al mismo tiempo que su lírica nos unía y alentaba, también nos ponía sobre aviso de las verdaderas fuerzas hostiles a nuestra nacionalidad. En contraposición a él también se produjo un hecho negativo —un hecho humillante pero exitante de la reacción nacionalista: la intervención. Y del laurel de Rubén y de la ostiga yanqui surgió aquel que todos conocemos y a quien yo llamé "el hijo de la Oda a Roosevelt". Fue en ese medio, encendido y doloroso —de Rubén al movimiento de vanguardia— que se produjo el nacimiento de una literatura nacional; se produjo un movimiento que no sólo dio expresión literaria —dijo la palabra— al sentimiento del "nos" nicaragüense, sino que buscó las esencias que lo constituían y nutrían. Y ese movimiento no ha cesado: cada vez se manifiesta e invade más anchos campos:

Folklore, música, poesía, narrativa, pintura, ediciones de libros, investigaciones históricas, lingüística, arqueología, sociología... etc. (1)

La corriente ya no puede ser detenida porque es una maduración de la conciencia de un pueblo. Pero, queda todavía, como una isla, la política. Nuestra política todavía se nutre de fuentes anacrónicas a las que se suman las peores corrientes anti-nacionales del sistema mundial en cuya órbita nos movemos.

Son dos fuerzas, dos ríos —cultura y política— que no han fusionado sus aguas. Su fusión es la obra de la juventud que viene tras de nosotros.

Y esa juventud, tiene ya lengua, y pasión y conciencia nicaragüense.!!

PABLO ANTONIO CUADRA

(1) NOTA: Considero que quedaría incompleto el panorama de la evolución de nuestra conciencia de nacionalidad, si no se incluye el aporte de nuestros movimientos obreros, que rompieron los moldes del "nos" partidista con una nueva visión popular de lo nacional.